



Seix Barral

Enrique Vila-Matas

Esta bruma insensata





Seix Barral Biblioteca Breve

Enrique Vila-Matas
Esta bruma insensata

© Enrique Vila-Matas, 2019

Publicado de acuerdo con MB Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-322-3489-7

Depósito legal: B. 5.963-2019

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Había llegado a ser un artista citador gracias precisamente a que de muy joven no lograba avanzar como lector más allá de la primera línea de los libros que me disponía a leer. La causa de tanto tropiezo estaba en que las primeras frases de las novelas o ensayos que trataba de abordar se abrían para mí a demasiadas interpretaciones distintas, lo que me impedía, dada la exuberante abundancia de sentidos, seguir leyendo. Aquellos atascos, que por suerte empecé a perder de vista hacia los dieciocho años, fueron seguramente la base de mi posterior afición a acumular citas, cuantas más mejor, una necesidad absoluta de *absorber*, de reunir todas las frases del mundo, un ansia incontenible de devorar cuanto se pusiera a mi alcance, de apoderarme de todo lo que,

en momentos de bonanza lectora, viera yo que podía ser mío.

En esa ansia por absorber, o por enviar a mi archivo todo tipo de frases aisladas de su contexto, seguí el dictado de los que dicen que un artista lo absorbe todo y que no hay uno solo de ellos que no esté influenciado por algún otro, que no tome de algún otro lo que pueda si le hace falta. Absorber y absorber, y ante todo huir de las malas horas y de los malos tragos: ése fue mi lema cuando empecé a lograr liberarme del problema de los atascos en las primeras frases de los libros.

De ahí que, esa tarde de hace unos años, ese último viernes de octubre de 2017, con el país de Cataluña al borde de un colapso, mi inesperado retorno al bloqueo ante una simple frase me devolviera, en un primer momento, a un drama del pasado que aún tenía de vez en cuando peligrosa incidencia en mi presente porque boicoteaba mi trabajo de traductor; de hecho, muchas veces me había impedido mejorar en el ejercicio de esa profesión, pues era algo que, al bloquear de pronto mi capacidad de leer, me perjudicaba plenamente a la hora de traducir.

Atascarme en una frase representaba siempre pasar por un momento horrible, porque yo *vivía* de aquello. Mi radio de acción eran las versiones al español de libros franceses y portugueses. Era el traba-

jo que me daba de comer y al que nunca me había acabado de acostumbrar, porque no era yo un traductor exactamente, sino un «traductor previo», un anticipador de las dificultades del texto al «traductor estrella», que era el que firmaba finalmente la traducción después de que yo le hubiera abierto el camino y sugerido las diversas alternativas a esas dificultades.

En cierta forma, aquel trabajo de «traductor previo» se parecía, por sus modestas hechuras, al de *hokusai*, que era otro de los nombres que yo daba a mi oficio de distribuidor de citas, pues, por algún motivo que se me escapaba, ese otro trabajo que yo hacía —servir citas a quien a veces yo llamaba «el autor distante»— me recordaba a las actividades de algún subalterno japonés. En cualquier caso, estaba mejor pagado —siempre dentro de las ridículas cifras miserables en las que se movía todo— mi trabajo de traductor previo que el de *hokusai*, que, a fin de cuentas, era un oficio tan singular que carecía incluso de gremio y, por tanto, de sindicato.

Vuelvo al punto de partida de lo que quiero contar, a esa zozobra que sentí, rozando la tragedia, aquella tarde de octubre de hace unos años cuando me pareció que podían haber regresado, encima agravados, mis tropiezos de lector. Pero cuando creí entender que podía ser un problema pasajero y que de la frase

que estaba copiando y en la que me había estancado podía acabar surgiendo un gran momento epifánico —una gran revelación que tal vez se hallaba oculta en la propia frase que necesitaba completar—, recuperé algo la alegría. Y tanto fue así que hasta recobré fuerzas para ir preparándome para caminar hasta el cercano pueblo de Cadaqués a buscar —me decía yo— la frase perdida, y de paso a tratar de encontrar a la encantadora Siboney, aunque tenía complicado dar con ella si, como se decía, había desaparecido de la noche a la mañana sin despedirse de nadie.

Y mientras me preparaba, me acordé del momento supremo, de un instante feliz en mi pasado, aquel en el que el embrujo irresistible de las citas había pasado a parecerme un placer de absoluto primer orden. Aquel instante supremo había coincidido en el tiempo con el momento en que el autor distante —que, recién llegado a Nueva York, acababa de cambiarse de apellido y pasado a llamarse Rainer Bros— me cursó el primer encargo, sin que pudiéramos imaginar ni él ni yo —sobre todo yo— que acabaríamos trabajando juntos veinte años y que cobraría de él dos veces al año una cantidad tirando a ridícula, pero imprescindible para mí.

Necesitaba con urgencia unas cuantas citas literarias, había dicho el autor distante en aquella primera ocasión inolvidable en la que me contrató. Lo

había dicho en un breve mensaje por carta enviado a través de un apartado de correos que pertenecía a su misteriosa editorial neoyorquina. Un mensaje tan breve como iban a ser todos los suyos a lo largo de esas dos décadas, tanto los que primero llegaron por cartas que cursaba aquella editorial, como los que después llegaron en forma de secos y muy escuetos correos electrónicos.

Necesitaba, dijo, unas cuantas frases en torno a la importancia de que los artistas tuvieran o no opiniones políticas, y confiaba en que «dado mi carácter afable, sabría encontrárselas en abundancia». Lejos de incomodarme, aquella propuesta me animó inmensamente, porque me pareció perfecto trabajar para otro escritor en lugar de seguir insistiendo en mí mismo como narrador y en un camino que cada día veía más acabado, sobre todo después del nulo éxito que había tenido la novela que había presentado a todas las editoriales del país.

Con el encargo del autor distante viví realmente un momento supremo aquel día, y aún ahora puedo acordarme de alguna de las frases que le envié tras recurrir a mi ya entonces voluminoso archivo de citas. Una de las frases era de Anthony Burgess: «La misión del novelista no es la de predicar, sino la de mostrar lo que detecta y formular preguntas». Me la había filtrado el propio Burgess en los buenos tiem-

pos, cuando yo trabajaba de periodista en Barcelona y aún creía que me convertiría en un escritor con muchos lectores. Al final de mi conversación con él en el hotel Avenida Palace, tuvo a bien decirme que le sobraban doce minutos hasta que llegara el siguiente periodista y me preguntó si quería compartir un «té ceilanés».

Fue una pregunta cargada de sentido, porque minutos antes le había preguntado por los años que había vivido en la isla de Ceilán, hoy Sri Lanka. No lo pensé dos veces y acepté entusiasmado la propuesta. Iba a ser para mí un honor, dije, compartir un té con el autor de *La naranja mecánica*. Pero el problema llegó cuando, queriendo mostrarme ingenioso, inventé sobre la marcha y, tras el último sorbo de té, se me ocurrió decirle que estaba trabajando en una versión de *El hombre sin atributos* que tendría cien páginas en lugar de dos mil.

Me miró tan sorprendido, tan estupefacto, que nunca he podido olvidarme de la cara que puso. Pensé incluso que iba a darme una paliza bien dada. Y aún recuerdo el sudor frío que me provocó aquella mirada asesina del autor de *La naranja mecánica*. Pero también es cierto que aprendí de lo que pasó allí, porque le había hablado de mi versión de cien páginas de *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, con tal convicción que pensaba que no sólo me creería, sino que

quedaría impresionado y vería que yo no era ningún tontuelo. Y sin embargo sucedió lo contrario. Con un gesto cruel me señaló la puerta de salida, una puerta giratoria en la que, de tan nervioso que me puse, quedé atrapado durante unos interminables segundos en los que temí que viniera el propio Burgess y de una contundente patada en el culo me ayudara, rompiendo madera y cristales, a salir bien rápido afuera.

Pero fue antes de quedar atrapado en aquella puerta cuando oí una frase que sería lo más memorable del día: unas palabras de Burgess que me han acompañado toda la vida, y la prueba está en que todavía hoy, en la media luz de esta mañana divina en la que me divierto sintiéndome rey del espacio infinito, me acuerdo de lo que él dijo y sigo viéndolo como algo claramente profético. Y es que quizás Burgess era un visionario, pues me adelantó con precisión las palabras que un día yo escribiría; de hecho, son las que escribo ahora:

—Los muertos siempre se equivocan al regresar a historias de su pasado.

No creo que hubiera podido predecirlo mejor.

Aunque he de advertir, sin más demora, que no estoy muerto, ni mucho menos; si acaso distanciado de lo terrenal, instalado en la cálida media luz de esta mañana, lo que no evita que, dado que aún formo parte de este mundo, me acuerde muy bien de todo.